

Jueves 24 de enero, 1839.

EL PANORAMA,

PERIODICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

EL PLESIOSAURO.

ENCUÉNTRASE el esqueleto de este animal, con bastante frecuencia, en muchos países de Europa. Se conocen varias especies. La de que tratamos es llamada *Plesiosauro de largo cuello* (*Plesiosaurus dolichodeirus*).

Parécese al lagarto en el cuerpo y cabeza, á los cetáceos en sus patas, y á las culebras en la longitud de su cuello, compuesto de treinta y cinco vertebrae, de lo cual no hay ejemplo en el reino animal.

Se cree que habitaba los mares, nadando con grande habilidad y desembarazo. Rara vez salía del agua, y entonces se arrastraba dificilmente sobre la arena; obligándole su respiracion á no separarse de las orillas. Su cuello, prodijiosamente largo, le facilitaba, sin salir del agua, buscar algunos moluscos para su alimento hasta en las ramas de los árboles inmediatos al mar. Tambien podia, sumergiéndose á grande profundidad su cabeza, atrapar algunos peces, ó recojer conchas y crustaceos en las playas. Su cuerpo,

como el de todos los lagartos, debía de estar cubierto de una coraza escamosa; y, semejante al camaleon y á los anolis, cambiaba de color segun sus pasiones: á lo ménos, tal es la opinion de Cuvier. La extravagante estructura de este monstruo debía de hacerle terrible á sus enemigos. Los aprisionaba con su largo cuello como con una maroma, y cuando les habia privado del movimiento, y por consiguiente de la facultad de defenderse, le era fácil destrozarlos las entrañas con sus dientes, y sumerjirlos en el agua y ahogarlos. Tenía en totalidad de veinte y cinco á treinta pies de largo.

LA MUJER.

(Artículo segundo.)

En nuestro primer artículo consideramos la mujer principalmente por sus relaciones con la sociedad, y la influencia

que ejerce sobre el desarrollo de la perfectibilidad humana: hoy nos proponemos observarla en sí misma en las diferentes posiciones en que se encuentra.

Los primeros años de la mujer pasan sin que se haga aprecio de su sexo. Confúndese en la infancia con el hombre, y si los rudimentos de la enseñanza fueran comunes, ninguna diferencia separaría á los dos sexos. Mas, apénas han pasado los años infantiles, cuando los dos sexos se apartan completamente. El hombre entra en el ancho mar de la vida á tomar parte en los grandes hechos del mundo, y muy luego hace ostentación de las pasiones que le distinguen. La ambición, el afán de dominar, el desarrollo de la fuerza se descubren en sus juegos y ocupaciones. Descuella y es respetado de los otros el mas fuerte, el mas audáz, el mas hábil... La mujer, por el contrario, retirada en la habitación materna, entregada á las labores domésticas, adquiere naturalmente la modesta timidez que forma la base de su carácter. En los juegos se distingue la mas bella, y los adornos y galas son su exclusivo deseo; porque la pasión que le domina es el afán de agradar. Por eso hay en la mujer mayor disimulación que en el hombre; ménos franqueza, ménos espontaneidad; porque la mujer observa y juzga, pero teme que haya de recibir lo que el corazón repugna, ó no obtener lo que apetecería quizá. Y aquí tiene lugar la cuestión generalmente suscitada, y no bien debatida de si convendría que la mujer recibiera la misma educación que el hombre, y si la sociedad debiera preparar y tomar á la mujer como una de sus individuos para darle parte en su dirección y en los conocimientos y ocupaciones políticas científicas y gubernativas.

De ninguna manera opinamos por esta revolución. Juzgamos que la mujer se halla perjudicada en la sociedad; que no se ha atendido bastante á la influencia que en la misma ejerce, y que no se ha procurado encaminar esta in-

fluencia hacia un punto conveniente; pero todo esto debe hacerse dentro del círculo que la naturaleza ha señalado al sexo. La mujer es demasiado débil para dominarse en casos de grande importancia, y luchar con los obstáculos que presenta la marcha de los asuntos públicos. Hállase además sujeta á achaques y padecimientos que la imposibilitan para entregarse á los grandes negocios de la sociedad; predomina demasiado en ella la pasión sobre el entendimiento para que pudiera obrar con la energía é imparcialidad que se requieren en ciertos casos, y carece además su entendimiento de la profundidad que para las ciencias se necesita.

Por eso creemos que la educación de la mujer debiera mejorarse; mas siempre por el sexo mismo. Sus conocimientos habrían de extenderse á las bellas letras, las artes de imitación, una tintura de la historia, la geografía, y sobre todo la *verdadera moral*. Mas cuan diferente es la que reciben hoy, principalmente en España! Aquella modesta timidez que forma, como hemos dicho, la base de su carácter, y cuyos límites debiera fijar una previsora discreción, se convierte en pérdida hipocresía, que vicia y desnaturaliza el fondo de la condición del bello sexo; y si no, observemos á la mujer en su mas hermosa edad: *la primera juventud*.

Sale de la adolescencia la tierna virgen, y se presenta en la sociedad con un corazón ansioso de impresiones, una imaginación ardiente, una figura con toda la lozanía y las gracias de sus delicadas y apénas distinguidas formas, con sensaciones fuertes y desconocidas, y sin mas regla que la de algunas ideas exajeradas ó falsas de las cosas, y un temor artificial del sexo por quien siente una irresistible inclinación. Con tan desiguales armas se presenta á luchar con el formidable enemigo, y ningún otro escudo ni preservativo se le ha dado que la fuga. La mujer, según las doctrinas de la errada educación que recibe, debe desconfiar del hom-

bre, evitar su trato, como no medien ciertas condiciones repugnantes en sí mismas; sabe solo que puede ser pervertida y engañada; pero ignora las artes de la seducción que se le han ocultado de propósito, y así enseña una desgraciada experiencia que, siempre que no le es dado huir, sucumbe. La mujer no vence jamás.

Sola y entregada á sí misma aparece la bella jóven recibiendo las falsas y verdaderas muestras de adoracion de cuantos la rodean. Su corazon inexperto duda, vacila, confunde quizá el amor propio con la pasion, las adulaciones con el sentimiento, y toma tal vez por amor lo que es solo lujereza y cortesania... Su pecho necesita desahogo, su situacion consejo; mas, como obtenerlo? La amiga no es bastante franca y generosa para semejantes confianzas; se hablaría de la consulta... y dudaría de la certeza; ¿la madre?... no, jamás... la madre reprendería agríamente y sin distincion quanto á este punto atañera, y desde luego aborrecería al jóven causante *del delito* y le lanzaría lejos de la *deliacuento*, y evitaría toda ocasion de roce, de encuentro, de comunicacion indirecta. Qué hacer en tan duro trance? Una de dos cosas, á cual mas descabellada y expuesta: ó fiarse de una estúpida y atrevida sirviente, ó proceder sin acuerdo, siguiendo la propia inspiracion. Del un modo añade la infeliz jóven á las asechanzas de su perseguidor las desalentadas sujestiones de la soez consejera, se envilece á sus ojos, y muy luego un cruel arrepentimiento y disgusto acibarán su situacion; del otro, equivoca los hechos y las causas, y ciega é inexperta cae en el lazo que se le tiende, y sucumbe sin haber tenido propia y decidida resolucion. En ambos casos, por punto jeneral, no tarda en verse abandonada y escarnecida tal vez, y el primer desengaño, si bien la hace mas cauta para lo sucesivo, no es sin dar á su carácter una tinta de recelosa desconfianza, que aumenta su turbacion y las probabilidades del error en las elec-

ciones futuras. Así se observa tan rara vez en las jóvenes aquella decision y franqueza, aquella sincera espontaneidad que revela un corazon ardiente é impresionado: por el contrario; en medio de las mayores muestras de interes, en los momentos de mayor efusion y ternura, una sombra de recelo viene siempre á turbar sus ilusiones con el cruel presentimiento de un funesto desengaño.

Hemos visto á la jóven entregada á sí propia, sin direccion ni consejo, rodeada de asechanzas malignas; mirémosla ahora conducida por las influencias que mas lejitimamente reconoce. La necesidad de unirse á un hombre se le pinta como urgente é indispensable, y se le designa tal vez el que se presenta como candidato. Prescindimos absolutamente de toda violencia y expreso mandato, y atendemos solo al mas ó ménos interesado consejo y á la triste situacion de la jóven, que, poco instruida y preparada, se encuentra en el caso de resolver el punto mas importante de su felicidad y su vida entera. Como decidirse? Ignora no solo los medios de juzgar exactamente al sujeto que se le presenta, sino, lo que es mas, los de apreciar sus propios sentimientos. Siente repugnancia hácia él?... qué importa? quizá le sucede otro tanto con cuantos la rodean, y el tiempo y el trato pueden variar su inclinacion. Siente mas simpatia por otro? Pero aquel no se ha ofrecido como el primero, ni acaso se ofrecerá. Dejará perder la ocasion que se presenta? Y, quien sabe si otra que se proporcione será peor aun? Y, si en vez de esto, no se presenta ninguna? Se condenará voluntariamente la jóven á renunciar al estado apetecido? He aquí un cúmulo de dudas y reflexiones que la asaltan, la mortifican, la hacen vacilar y acaban por inducir á la inexperta doncella á una resolucion equivocada y que hará tal vez la desgracia de su existencia. Y en esta desgracia no es ella sola la interesada, sino tambien el hombre,

que á ella se ha unido, y los seres á quienes han dado vida. Y la mayor parte de la culpa de tan funestos acontecimientos no está en la sociedad? Quien duda que una moral mas pura y ménos hipócrita, y una educacion mas esmerada y franca podrían evitar males sin cuento en el seno de la vida doméstica? Elevára la sociedad á la mujer á un cierto grado de ilustracion é independencia, dejárale mas amplitud y espontaneidad para fijar su corazon, y la eleccion fuera mas acertada y la union de los dos sexos mas bien asentada en simpatias y razones que formarían su bienestar. Pero, interin dure esa corrupcion escandalosa, esta depravacion de las costumbres públicas mezclada con aparente aislamiento del bello sexo; interin no se de á la mujer mas conciencia de sus propios recursos, libertándola al propio tiempo de ciertas trabas y ridículas y mentidas apariencias, que la hacen obrar sin conviccion, la falta de franqueza y la indecision en el asunto en que mas se interesa la felicidad humana producirán incalculables daños á la dicha de los esposos y á la quietud de las familias. La mujer colocada á la altura que le corresponde, y no mas allá, puede influir muy directamente en la mejora social; pero, considerada como lo ha sido y lo es, produce de continuo la desgracia que se le atribuye exclusivamente, sin atender á que en el estado actual de la sociedad hace ménos de lo que temerse pudiera.

L. M. PASTOR.

RICARDO.

Corazon de Leon.

(Parte segunda.)

Desembarcó en Inglaterra Godofredo, se ocultó en un monasterio, y los soldados de Longchamp le condujeron á un castillo. El conde de Mortain entró en la capital, y convocó allí un gran consejo de barones y de obispos, acusando al lugar-teniente de todos los excesos cometidos; y este fué depuesto, jurándose en Lóndres obediencia y fidelidad al *señor rey Ricardo*, y despues de él al conde Juan, á quien prometieron reconocer como rey y señor, si su hermano moria sin hijos.

Ricardo habia nombrado ya por sucesor á la corona á su sobrino Arturo.

Longchamp renunció al proyecto de defenderse en la torre de Lóndres y pidió capitulacion, que le fué concedida, dejándole en libertad bajo la condicion de entregar al nuevo lugar-teniente las llaves de todos los castillos del rey.

En 1192 pidió Felipe Augusto al Papa la dispensa del juramento de alianza que habia prestado á Ricardo, el cual recibia con frecuencia noticias de Europa por los peregrinos que se presentaban en Palestina.

Sabedor de lo que ocurría en Inglaterra; cierto de la enemistad, del aborrecimiento de Felipe Augusto, y receloso de que el conde de Mortain se le uniese, y entre ambos cooperasen contra sus intereses, concluyó con los sarracenos una tregua de tres años, tres meses y tres días; y dió la vuelta á Europa, no obstante el voto de no abandonar la santa empresa que habia acometido.

No quiso desembarcar en Sicilia, temiendo alguna emboscada de los parien-

tes del marques de Monferrat: entró en el golfo Adriático, casi de incógnito, y fué embestido por unos piratas con quienes hizo amistad despues, transbordándose á uno de sus vasos en que fué conducido á Zara sobre la costa de Esclavonia.

Tomó tierra en compañía de un baron normendo, llamado Balduino de Bethune, dos de sus capellanes, y algunos caballeros templarios. El señor territorial de Zara, á quien pidió salvo conducto, enviándole un anillo, reconoció por la joya que el dueño era Ricardo de Inglaterra: y su hermano del señor de Zara, que gobernaba en una ciudad inmediata, trató de apoderarse del monarca ingles por medio de un espía, que encontrándole, reconociéndole y revelándole la asechanza, le facilitó la fuga.

Acompañó á Ricardo su íntimo amigo Guillermo de L'Étang y un criado que sabía la lengua teutónica; y caminaron tres días y tres noches sin tomar alimento ni saber adonde dirigirse. Halláronse en territorio del duque de Austria, Leopoldo, aquel cuya bandera fué ultrajada por Ricardo en Palestina, y á poco llegaron los fugitivos á Viena, residencia del duque, fatigados y hambrientos.

Ya se sabía en Austria que Ricardo había desembarcado en Zara. El duque Leopoldo, deseando vengarse, y con la esperanza de obtener un cuantioso rescate, destacó por todas partes espías y hombres de armas para que se apoderasen de su enemigo. El criado de quien ya se ha hecho referencia dió que sospechar mas de una vez: lo prendieron, le dieron tormento y confesó cuanto deseaba Leopoldo: la casa en que residía Ricardo fué cerrada: le obligaron á rendirse; y encerrado en prision estrecha le pusieron guardias de vista que lo custodiaban noche y día con la espada desnuda.

El emperador de Alemania reclamó de su vasallo Leopoldo la persona de Ricardo, so pretexto de que solo un emperador podia tener prisionero á un rey.

Leopoldo lo entregó reservándose una parte del rescate que se obtuviese, y Ricardo fué trasladado desde Viena á Worms, y depositado en una de las fortalezas imperiales. Felipe Augusto se dió mil parabienes al saber que el rey de Inglaterra estaba en poder del emperador, y le escribió diciéndole que si quería enviársele para que él lo custodiase en Francia, le daría una suma igual á la que se le ofreciera por la libertad del prisionero, pues mientras aquel hombre turbulento no estuviere encerrado, no habría sosiego en el mundo. A esta oferta asoció el rey de Francia todas las intrigas posibles para perjudicar á Ricardo en sus dominios, poniéndose de acuerdo al intento con el conde de Mortain; el cual anunciaba unas veces á sus súbditos que Ricardo había fallecido, y persuadiales otras á desentenderse de sus juramentos si estuviere vivo: porque hallándose cautivo debía ser considerado como muerto.

Guillermo de Longchamp fué á buscar á Ricardo, le visitó, y haciendo con él causa comua contra el conde de Mortain, prestó grandes servicios al prisionero. La Dieta germánica, reunida en Worms absolvió á este de todos los cargos median-te la suma de cien mil libras de plata, y el pleito homenaje que en calidad de vasallo hizo al emperador de Alemania.

Dos años transcurrieron sin que en Inglaterra se consiguiese reunir la cantidad ofrecida por el rescate del rey: sus enemigos lo estorbaban. Hicieronse al efecto dos colectas; se entregó una gran suma á cuenta del total, y la tercera parte fué consignada al duque Leopoldo. Ricardo dejó rehenes en Alemania por el resto, y se dispuso á partir á Inglaterra.

Felipe Augusto y el Conde de Mortain prometian tesoro al emperador, si consentía en negar la libertad á Ricardo; y á no haberse pronunciado solemnemente en contra de esta villanía la Dieta germánica, tal vez el cautivo hubiera jemido mucho mas tiempo en su prision; pe-

ro en enero de 1194 fué sacado de ella. Empezó su viaje, y llegó á Sandwich con facilidad, no obstante las nuevas tentativas del emperador para volver á aprisionarlo.

Fuó recibido el rey Ricardo con grandes demostraciones de alegría. La mayor parte de los condes y de los barones se declaró por la justicia de su causa. El parlamento había fulminado poco ántes su anatema contra el conde de Mortain, considerándolo como enemigo público, y mandando se confiscasen sus tierras, y se sitiasen sus castillos. Publicábase esta sentencia en las iglesias cuando el Rey llegó, y muchas de las guarniciones noticiosas de su llegada cedieron al nombre de *Corazon de Leon*, y se entregaron. La de Nottingham no dió crédito á la noticia, y resistió. El rey ántes de dirigirse á Londres pensó en someterla: marchó contra Nottingham con un ejército y asaltó la ciudad; pero las jentes de armas se retiraron al castillo y se fortificaron allí. Entonces Ricardo hizo levantar una grande horca y colgar en ella varios de los prisioneros que se cogieron en el asalto. El castillo se rindió á discrecion inmediatamente.

Entró en Londres en 1194 y se coronó por segunda vez, anulando en seguida todas las enajenaciones de dominio que hizo por venta ántes de partir á Palestina. Esta disposicion despótica é injusta indignó á toda la nacion, y muy particularmente á los que adquirieron del Rey las propiedades de que ahora se les despojaba, pero nadie tuvo valor para oponerse, y todos entregaron lo que se les pedía. Inglaterra fué sacrificada, además, con enormes tributos para el rescate de los rehenes que Ricardo dejó en Alemania, y para la guerra que promovió contra los ingleses Felipe Augusto, á quien se alió el conde de Mortain.

Ricardo marchó á Normandía, y colocados los dos ejércitos frente á frente, el de Felipe Augusto era el que ménos ga-

rantías contaba para el triunfo. Entonces el conde calculó que podría convenirle abandonar á los franceses, prometiéndose de su hermano Ricardo perdon y olvido. Invitó, pues, á muchos de los caballeros que acompañaban á Felipe Augusto, y en una fiesta que les tenía preparada mandó que fuesen asesinados. Despues de esta horrible traicion se presentó al rey de Inglaterra, el cual recibéndole con el mayor desprecio jamás le honró con su confianza.

Felipe Augusto fué arrojado de muchas ciudades en Normandía, y concluyó una tregua con Ricardo, que marchando en seguida á la Aquitania sujetó y castigó á los insurjentes de aquel pais. El rey de Francia rompió la tregua, y los dos ejércitos se presentaron en batalla en Sainctonge, cerca de Niort, donde se ajustó otro tratado de tregua por diez años y se licenciaron las tropas, *no queriendo* (dicen las crónicas) *ocuparse ya de cosas de guerra los dos reyes, sino de la caza y del juego, y de hacer injusticias cada uno de ellos á sus súbditos.*

Continuaron en uno y otro reino las turbulencias; y los súbditos de Ricardo fueron victimas sacrificadas en todos sentidos al carácter orgulloso, impetuoso, vengativo y avaro de su señor. Se levantaron pátibulos en Inglaterra para los que clamaban en defensa de los derechos de la nacion, pronunciándose contra exacciones destructoras, y contra dilapidaciones necesarias. Por último, en 1199, creyendo el monarca inglés que en Chaluz (*Limosin*) habia un tesoro, y deseoso de apoderarse de él, envistió la plaza, pagando en esta empresa con la vida su desmesurada ambicion. Fué herido, y falleció de resultas, á seis de marzo del año indicado. Su cuerpo fué sepultado en la abadía de Fontevrault, donde moraban los restos de su padre. No dejó hijos y le sucedió en el trono su hermano, á quien llaman los historiadores *Juan sin tierra*. Este príncipe, de cuyo carácter habrán

podido ya formarse una idea nuestros lectores, no se desmintió desde su pronunciamiento contra Ricardo; y de crimen en crimen llegó hasta el trono, deshaciéndose, sin reparar en los medios, de todos cuantos podían presentarle algun obstáculo.

FABULA.

El Caballo y la Tortuga.

Apostáron á correr
Una tortuga y un jaco.
No hay que reirse, lectores;
Que era el trecho un poco largo,
Cosa de catorce leguas,
Vara arriba, vara abajo.
El potro, que despreciaba
A su calmoso contrario,
Tiró dos brinco ó tres,
Relinchó con muy buen garbo,
Y, apénas dada la seña,
Salió á escape como un gamo
Haciendo burla entre dientes
Del postillon enconchado.
Anduvo así media legua
Si no corriendo, trotando,
Cubierto de blanca espuma
Desde la cabeza al rabo.
Mas en el primer envite
Se le cayéron dos clavos,
Perdió un yerro y tropezó
Lastimándose una mano.
Paróse á herrarse un poquito
En comer gastó otro rato,
Y dió despues á sus piernas
Indispensable descanso.
Luego, ya que se vió enjuto

Del sudor, comido, herrado,
Y ájil para la carrera,
Volvió á su camino ufano.
Cojéaba algo de un pié;
Pero no le dió cuidado,
Pues no hay tortuga en el munda
Que corra mas que un caballo,
Aunque esta cojée y tenga
Tres grietas en cada casco.
Al pasar junto á la cerca
De un trigo nuevo, lozano,
Cayendo en la tentacion
De darse un verde barato,
Saltó la tapia de un brinco,
Aunque no sin descalabro:
Pues perdiendo el equilibrio
Dió de hocicos en un charco.
En fin, ya por golosina,
Ya por fiar demasiado
En su vigor, por jactancia,
O por enredos del diablo;
Lo cierto fué que al llegar
Al término señalado,
Medio cojo, mal ferido
Del hocico y de una mano,
Algo mohino del golpe
Y lo que es mas constipado,
Se halló con doña tortuga
Que estaba ya hacia rato
Descansada de su viaje
Honra y apuesta ganando.
—Cómo! gritó al verla allí,
¿ Si tendré los ojos sanos?
¿ Has venido por el aire,
Por la posta ó por ensalmo?—
La tortuga socarrona
Le respondió:— Señor guapo,
He venido á pie y descalza,
Sin cansarme, paso á paso;
Pero ni un punto siquiera,
Ni aun á comer me he parado.—
Venciste; saltó el potrito,

La apuesta con gusto pago;
Pues aprendo esta lección
Que no olvidaré en cien años.

Quien corra mucho al principio
Llegará tarde y cansado;
Y hará más quisea pesosero,
Aunque vaya muy despacio.

M.***

INSTRUMENTOS DE MUSICA DE LOS CHINOS.

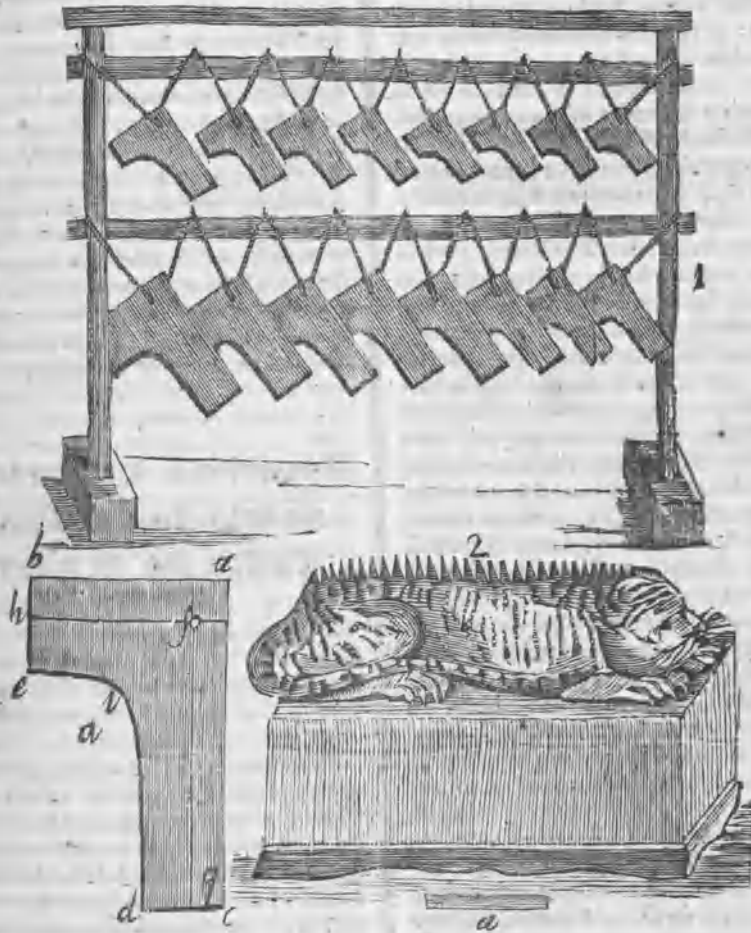
Entre los pueblos antiguos que han cultivado la música, merece particular mención el de la China por haber llevado muy lejos el amor á este arte delicioso. Aventurada sería cualquiera investigación dirigida á descubrir quien fué en aquellas rejiones su inventor; pues cuanto de positivo se sabe es que desde los tiempos mas remotos alcanzó la música en la China alto grado de progreso y perfección. Confucio, el legislador, le dió extraordinario impulso. Así para los chinos como para muchas otras naciones del Oriente este arte era algo mas que un entretenimiento: lo miraban como cosa de grande importancia, casi como un idioma, porque cada nota despertaba en los corazones orientales una sensación fija y determinada. Confucio trataba de popularizar la música, creyendo que serviría de vehículo á todos los pensamientos nobles que deben nutrir el alma del hombre. Es tan poderosa su influencia, segun los doctores chinos, que una de las principales astucias de los *mandarines* guerreros consiste en sembrar la licencia y el desórden en los ejércitos enemigos haciendo oír á los soldados marchas y sonatas voluptuosas. Linghen-Kieu, el orfeo de los chinos, decía: "Cuando pulso las armoniosas cuerdas, me rodean sal-

„tando de placer los animales silvestres." Difieren tanto nuestras costumbres de las de aquella nacion, que no podemos formar cabal idea de semejantes efectos, aun disminuyendo mucho las exajeraciones; pero al ménos debemos confesar que los pueblos de aquella parte del mundo tienen una sensibilidad enteramente distinta de la nuestra. Su música antigua era mucho mas delicada y sentida que la moderna; y esto nace de que los libros dedicados á este arte fueron destruidos por no sé qué emperador semi-bárbaro que mandó quemarlos. Esta lamentable pérdida es tal vez la que mas pesar excita en aquel pais; y solo se conservan por tradición algunos cánticos antiguos que tienen prodijosa semejanza con las tonadas escocesas. Hay en la música china doce tonos, seis ascendentes y seis descendentes, y entre ellos cinco notas conformes con las nuestras. Estos tonos se llaman *lus*. Los chinos nunca elevan la voz por tonos ó semi-tonos, mas por cuartas, quintas ú octavas. Sus ideas sobre armonía difieren totalmente de las europeas. Todos los músicos cantan unisonos, y la orquesta repite la misma nota en el mismo tono. Sus instrumentos son numerosos; los hay de ocho especies, que representan los ocho tonos de su música. Uno en particular merece describirse, porque no se conoce sino en la China y es llamado *king* (vease la lámina fig. 1.^a). Este pueblo observador supo desde el principio aprovechar ciertas piedras sonoras que se sacan de la provincia de *Lean-Tcheu*. Conociase su propiedad 2.200 años ántes de la era cristiana, y se hallan especificadas en el catálogo de los donativos que aquella provincia debía pagar al emperador. Las mas puras se reservaban para los instrumentos de la casa imperial. Estos instrumentos se construían con diez y seis piedras cortadas segun las reglas de los *lus*. Para el sonido mas grave, se cortaba la piedra á lo ancho, quitando de ella lo que era ne-

cesario: para el agudo se cortaba á lo largo. Como el *king* corresponde á la octava superior de los *lus*, que son los medios naturales, sus dimensiones se es-

tablecen por los *lus* agudos, llamados *semi-lus*.

Cada piedra tiene la figura de una escuadra y se divide en dos partes: una su-



perior ó caja, *a*, *b*, *c*, *e* y otra inferior ó *tambor*.

Para hallar el punto de suspension, dividen los chinos la línea *b*, *e*, en dos porciones iguales: desde el punto de division tiran una perpendicular á la línea

a; *c*; hacen una operacion análoga en el otro brazo de la escuadra, y el punto *f*, donde las dos líneas se encuentran, es el mismo por el cual debe la piedra suspenderse. Hiere el músico la parte inferior del instrumento con un mazo de made-

ra semejante á un *gong*. Esta piedra, análoga á la que Plinio llama *calcophonos* (de sonido de cobre), y que parece igual á la de ciertas rocas de Islandia, vuelve un sonido intermedio entre el del cobre y el de la madera, ménos agudo que el del primero, ménos sordo que el de la segunda; pero mas brillante y dulce que entrambos.

Estos instrumentos se colocan en las gradas por las cuales se sube á las salas. Los chinos habían perdido el secreto de construir el *king* con la exactitud que requiere; y, solo despues de haber hallado un *king* antiguo, han convenido los doctores en que las diez y seis piedras que lo componen dan cuatro tonos mas altos que los doce *tas*.

La música es en los chinos casi una necesidad: todas las ceremonias de su religion van acompañadas de una especie de canto grave que recuerda el de nuestras iglesias. Muchos músicos escoltan á los recién casados; los religiosos encargados de los funerales cumplen su ministerio con ritos lúgubres y tristes cantos; los mendigos ciegos imploran la pública caridad tocando una especie de gaita; y los mandarines van siempre precedidos de pífanos y tímboles. Tienen tambien instrumentos para cada parte de su habitación; el viento juega con las campanillas armónicas que penden de los techos de los palacios y de las boncerías. El *king*, de que acabamos de hablar, colocado en el dintel de los aposentos, recibe secreto impulso por las alas invisibles de algun jenio de la noche, y arrulla el sueño de los chinos con amoras vibraciones; por último, en medio de variada multitud de instrumentos de viento ó cuerda, hay uno en el qual han procurado hacer alarde de todos los caprichos de las artes. Llámalo *ou*, y es de una madera semejante al pinabete, que se sopesa allí por *kieu* ó *tsien*. Representa un tigre echado sobre una caja (fig. 2.) Esta actitud de reposo expresa, segun los chinos, el imperio que

el hombre ejerce sobre los animales mas feroces. Por el lomo del tigre corre una especie de espina, compuesta de veinte y siete clavijas con la punta hácia abajo, y de la misma madera que todo el instrumento. Estas clavijas se parecen á los dientes de una sierra, y se llaman *tsaigu*. Sácase de este instrumento hasta seis tonos llenos, y, no sé por qué idea simbólica, se coloca siempre al noroeste de los demas. Lo tocan al fin del concierto, pasando por encima de las clavijas una tablilla delgada, de la misma madera de *kieu*, que tiene un pie de longitud, una pulgada de ancho y una línea de grueso. Al son de este instrumento ejecutan los bonzos jóvenes bailes singulares, de movimientos rápidos ó lentos, y de lascivas posturas ante la mesa de los ancianos en medio de un banquete.

Estudios históricos sobre las antigüedades de Madrid.

(Conclusion.)

Don Alonso, cuando fué su reino invadido, tuvo la fortuna de salvarse en Toledo, y halló en el moro Almeson todo agasajo y sincera hospitalidad; pero muerto don Sancho salió de la ciudad referida y fuese á poner de acuerdo con doña Urraca sobre los negocios de la sucesion de la corona de Castilla. Este reino y el de Leon, ansida la desgracia de don Sancho, le aclamaron rey: Galicia, bien que mas tarde, acabó por reconocerle tambien como tal, y en consecuencia quedó desposeido de su patrimonio el infante don García, que privado de la li-

bertad por don Alonso para evitar nuevas turbulencias, fué tratado en todo lo demas con las consideraciones que eran de razon.

Don Alonso, á quien despues se dió el sobrenombre de *Bravo*, fué un príncipe marcial, intrépido, guerrero, de genio superior, moderado, prudente, con gran fondo de bondad, nobles inclinaciones, cotaron benéfico y generoso. Viéndose en pacífica posesion de las tres coronas de Castilla, Leon y Galicia, se hallaba en estado de acometer las mayores empresas contra los infieles; pero reconocido al asilo que habia encontrado en Almenon, rey de Toledo, y fiel al tratado de alianza que se habia firmado con él, solo empleó las armas en defensa de su bienhechor y aliado, y contra los reyes de Córdoba y Sevilla.

Murió Almenon, sucediéndole su hijo Heseu ó Hiscem, falleció tambien, y ocupó el trono de Toledo Yahaya, hombre duro, cruel, que mortificaba mucho á los toledanos. Don Alonso se consideró ya fuera del empeño contraido con Almenon, y resolvió la conquista del reino de Yahaya. Los vecinos de Toledo, relacionados con don Alonso durante su permanencia en aquella ciudad, y vejados hasta el extremo por su nuevo rey, solicitaban al de Castilla para que acelerase el rompimiento de las hostilidades. Don Alonso, para llevar á cabo la conquista, invitó á todos los soldados de la cristiandad; algunos vinieron á formar causa común con él contra los infieles, y todos marcharon sobre el reino Arabé, llevando don Alonso á su lado al Cid, famoso ya por sus combates con los sarracenos.

Juan Lopez de Hoyos siente que Madrid fué la primera poblacion de los dominios de Yahaya, que entró en poder de los castellanos; pero esto no pasa de conjetura, hija del deseo de hallar en esta circunstancia una nueva gloria que añadir á las de Madrid.

Unos colocan este acontecimiento en

el año 1080; otros en el de 1083; otros en el de 1085; y otros en el de 1086. Pero siendo cosa averiguada que Toledo se ganó por don Alonso el Bravo el año de 1085, y que la conquista de aquella ciudad, y por consiguiente la guerra en toda la comarca, duró seis años, como el rey manifestó despues en documento histórico, parece creible que los cristianos atacasen y ganasen primero á Madrid, que era un importante baluarte de los dominios, y en particular de la metrópoli; por lo ménos es muy probable que la atacáron, porque ni en la táctica de aquellos tiempos, ni en las de los anteriores y posteriores pudo dejarse de comprender la ventaja de no dejar enemigos á la espalda.

Así vemos que don Ramiro II, determinando invadir las tierras árabes, y tal vez llegar á donde don Alonso llegó, cargó sobre Madrid, que pues tenia muros y puertas debia ser gran fortaleza para aquellos tiempos, y la destruyó completamente. Tambien observamos que don Fernando I en igual empresa cuidó de dirigirse sobre Madrid; y tal vez está en el orden pensar que D. Alonso siguió el camino que halló trazado. Y cuando no imitase á sus antecesores, se puede asegurar que debió imitarlos, pues con la ocupacion de Madrid tenia su ejército comodidad y seguridad, y facilidad de mayores aprestos militares, cuya oportuna direccion y operaciones podian ser protegidas mas oportunamente desde nuestra capital.

Quintana cita al P. Fr. Francisco de Benavides, en apoyo de esta misma opinion, y dice el último en su libro titulado *Ramillito Virjinal*, que los cristianos hicieron gran destrozo y matanza en los moros del reino de Toledo: que para ponerles freno fuerte y reprimir su audacia establecieron los cristianos en Madrid un presidio respetable; que desde aquí hacian insufrible guerra á los moros de Toledo, Córdoba, Granada, Zaragoza y

Valencia: que los árabes temblaban y estaban á raya; y que los castellanos, desde este fortísimo puesto, los ofendían, corrían sus tierras, y volvían á Madrid con grandes presas, n'canzando ineignes victorias y trofeos.

Como quiera que sea, no hay una memoria histórica, un documento, una tradición conforme sobre el particular, y todo se queda en meras conjeturas, si bien mas ó menos probables, con arreglo á circunstancias subalternas del hecho principal que examinamos, y á estos que las mismas circunstancias nos ofrecen.

Gil Gonzalez Dávila, quiere, á pesar del silencio de los historiadores, que las jentes de las ciudades vecinas, Avila, Segovia y otras, acudiesen, llamadas por el rey D. Alonso, á la conquista de Madrid. Y cuenta que los segovianos, que formaban uno de los tercios enviados por las ciudades al servicio del monarca, se retardaron algun tanto en razon de las muchas nieves, que tenian intransitables ó muy dificultosos por lo ménos muchos caminos. D. Alonso se mostró resentido de esta tardanza, y cuando fuéron á preguntarle donde se alojarían los de Segovia, respondió con enfada que se alojasen en Madrid. Picórouse mucho de esta contestacion los dos capitanes del tercio segoviano, llamados Diaz Sanchez de Quesada y Fernan Garcia de la Torre, quienes, deseosos de recobrar la gracia del rey, tomaron para ello las mas eficaces medidas. Al dia siguiente de su llegada á los reales de D. Alonso escaláron muy de mañana el muro y enarboláron sobre la puerta de Guadalajara los cristianos pendones. Secundado su arrojé por los sitiadores, entró triunfante don Alonso VI en Madrid; y reconoció á los capitanes Quesada y Garcia de la Torre, ordenó que las armas de Segovia fuesen colocadas sobre la puerta referida en memoria de este acontecimiento, condecorando además con el título de Ricos-hombres á los mismos que el dia anterior no

quiso admitir en su presencia.

Creem algunos que Gil Gonzalez partió de lejero cuando dió por positivo este acontecimiento, de que se duda por razones poderosas, y el licenciado Quintana le impugna bien á la larga, y no con mala crítica. Refiérese esta hazaña de los segovianos por varios escritores que no la cuentan del mismo modo. El licenciado Calvete es, segun Quintana, el que escribió lo que despues copió Gil Gonzalez; otros atribuyéron el hecho á cierto manco aventurero que vino de Segovia á servir con el rey D. Ramiro II; y la respuesta que se dice dió D. Alonso á Quesada y Garcia de la Torre pretenden la dió D. Ramiro al apuesto y atrevido mozo que vino á presentárselo.

Pero Quintana copia una inscripcion de Segovia que contradice á Gil Gonzalez y á Calvete, porque su leyenda manifiesta que habiendo estado despoblada por mucho tiempo aquella ciudad, empezáron á poblarla en la era 1126, correspondiente al año de 1088. Lo cual corrobora el señor Estrada en su poblacion jeneral de España, diciendo que Abdezzamen, rey de Córdoba destruyó á Segovia el año de 755, y que quedó muy limitada, hasta que la ensanchó el conde Fernan Gonzalez, y últimamente la redificó el conde D. Ramon en tiempo de su suegro D. Alonso VI el año de 1088.

Si esto es así, no parece creible que los segovianos se hallasen en 1083 en el cerco de Madrid, y ménos que aquel otro caballero aventurero, que tambien hacia segoviano, pudiese hallarse en el otro cerco y asalto por el rey D. Ramiro: acontecimientos que se ven separados en la cronología de nuestra historia por un intervalo de mas de cien años.

Añádase á todas estas observaciones la de que, segun Colmenares, Diaz Sanchez y Fernan Garcia fuéron del tiempo de D. Ramiro. Nueva discordancia: nuevo motivo para dudar cuando no hay monumentos ni historias auténticas que nos

ilustren. Lo cierto es que D. Alonso VI se apoderó de Madrid para conservarlo, y que desde entonces data el verdadero engrandecimiento de nuestra capital.

AZCONA.

El coche simon.

Soy ardiente apasionado de los coches simones: no precisamente porque sirven para transportarme desde el salón de Oriente al de Villahermosa, ó desde la Puerta del Sol á Chamberí, preservando mis pies de la humedad y mis pulmones de algun soplo del vecino Guadarrama; sino porque, indolente por naturaleza, gusto de meditar en el seno de Madrid, dulcemente mecido por el traqueteo del carruaje. Entonces la muy heroica villa se convierte á mis ojos en un panorama viviente: danzan, se agitan, huyen y aparecen alternativamente los árboles, las casas, los transcurtos pedestres, varía á cada instante el espectáculo, sin que ponga yo nada de mi parte para lograr esta variación: aquí se presenta rico, allí pobre: acá elegante, acullá grotesco, y siempre nuevo y caprichosamente matizado.

Pero un dia pagué cara esta voluptuosidad, si así puede llamarse. Vivía en una casa de huéspedes, plazuela del Anjel, número no sé cuantos. Tenía que cobrar una letra de dos mil reales, en la calle de Carretas: corta era la distancia y pude muy bien ir á pié; pero he sido siempre tan amigo de complacerme á mi mismo, que mandé traer un coche. Verdad es que en mi bolsillo no habitaba ni un solo maravedí: pequeño obstáculo! iba á tomar dinero y no vacilé en regalarme con otro viajecito en Simon.

—A donde, señor amo?

—Calle de Carretas, número... (desde la plazuela del Anjel).

El pobre hombre sospechó que me equivoicaba, y repitió la pregunta.

—Calle de Carretas, número... ya lo he dicho. Por la ronda.

—Está muy bien.*

Y cerrando la portezuela, meneó el asturiano la cabeza, dando á entender que la misa no estaba del todo sana. Natural es calificar de necia ó de loca á la persona cuya idea no penetramos.

Eran tan dulces mis sensaciones, tan profundo mi embeleso, que cuando paró el auriga en la calle de Carretas, ya estaba cerrado el escritorio del correspondiente de mi padre, y yo comprometido á pagar los cuarenta del pico, mas la voluntaria propina de rigorosa exacción.

Ya he dicho que no tenía un ochavo, ni crédito en ninguna parte: no me faltaban, á la verdad, amigos muy desinteresados que me abrumaban á consejos, que á cada triquitraque me zurecian una plática de moral; pero sus bolsillos permanecían siempre cerrados.

Qué hacer, pues? á donde ir?

Detúveme en casa un momento, comí en extracto, y vuelta á meterme en mi simon.

—A donde, señor amo?

—Al infierno, por el camino mas largo.

—Pero, señor amo, por donde?

—Siempre derecho.

Qué diré ya? Dieron las doce de la noche: advertíome el cochero que los cuarenta reales del trato se habían convertido en ochenta, y que la propina crecía en la misma geométrica progresión. Mandéle que se metiese en su cochera y allí del mejor modo que me fué posible y con todos los circunloquios y perifrasis de costumbre, le descubrí mi estado financiero, y la imposibilidad de pagarle en el momento, rogándole que conservase en su poder mi persona y mi capote

de barragan, como prendas pretorias.

Gritó mucho el buen asturiano, se enfureció, me amenazó con la justicia; pero al cabo reflexionó que el mejor partido que podía tomar en tan difíciles circunstancias era el de encerrarme con el coche en la cochera: lo cual verificó al pié de la letra, no sin asegurarse previamente de la solidez de la puérta y buena condicion de la cerradura.

A la mañana siguiente enganchó, y nos encaminamos directamente á la calle de Carretas: hallé al comerciante, satisfizo la letra, pagué el coche, lo despedí, y desde entónces no he vuelto á alquilar un simon sin tener en el bolsillo el dinero suficiente para pagar á lo ménos cuatro.

Tipos originales

DE MADRID.

EL AFICIONADO

A LA

LITERATURA.

[Nos proponemos publicar algunos artículos bajo esta rúbrica. Y debiendo recaer todos ellos sobre individualidades, protestamos desde ahora contra toda interpretación de personalidad.]

Entre todos los *aficionados* á cualquiera de las cosas á que los hombres pueden *aficionarse*, descuella el *aficionado* á la Literatura, como descollar puede un hombre de mas pro y de mayor valia.

El *aficionado* á la literatura pasó los

tres primeros años de su vida mamando; de los tres á los ocho jugó al trompo y al boliche con los otros chicos del cuarto bajo, y con los del tendero de la esquina. A los nueve años conocia tal cual el abecedario, y á los diez leía de corrido, bien que no sin cierto tonillo que no le abandonará hasta la sepultura, y escribía bastante mal, aunque muy gordo. Sus padres le matriculáron en casa de un domine para que aprendiese latin; pero al cabo de treinta meses, de los cuales pasó veinte entre Carabanchel y los Tejaros haciendo novillos, partiendo piñones, jugando al chito y á cara y á cruz, y poniendo mazas y borriquitos de yeso en carnaval á los pacíficos transeuntes, declaró solemnemente que la lengua latina es una superfluidad en el catálogo de los conocimientos humanos. El *Tesouro*, el *Calepino* y el *Arte* de Nebrija, como asimismo la *Coleccion de autores latinos*, las *Selectas* y *Platiquillas*, libros todos muy mal parados de resultados de las batallas á *bolsazos* que se daban diariamente á la entrada y salida del aula, ó en los confines del barranco de Avapiés y á lo largo de la Ronda, fueron deshechos sucesivamente para construir cometas, y ya no se habló una palabra de *Massa musæ* ni de *Templum templi*.

Como no sabia castellano, por saber algo se dedicó al frances, y en este idioma hizo con breve rápidos progresos: de suerte que á los tres ó cuatro años traducia ya, con el auxilio del diccionario de *Séjournant* (que hasta en la eleccion de libros fué atinado siempre) algunos tiradas del Virgilio de Scarron: y entrando en un café donde servian dos á tres mozos franceses, gritaba desde la puerta dándose tono: *garçon, célibataire, apportez moi du thé!*

A los quince años se le olvidó casi el escribir, es decir, perdió de tal manera la forma de la letra, de resultados de las composiciones latinas y los significados franceses, que sus cartas eran de mas di-

luculosa lectura que los testamentos y cuentas de hermandades del siglo XVI. Bien querían sus padres aplicarle á alguna profesion, en la cual pudiese ganar la subsistencia, por medio de un trabajo honroso; pero el *aficionado* á la literatura, aunque en embrión, no se deja seducir por este prosaico materialismo; se ha creado un mundo ideal que hace en sus sueños su delicia, y que cumple con todas las condiciones de su existencia cuando está despierto. Por tanto, quitándose de tonterías, y decidido por las glorias literarias, se matriculaba cada año en cuatro ó cinco asignaturas, asistiendo á alguna de ellas con puntualidad los primeros ocho días del curso.

Pasando un día por la plaza de Oriente supo que había allí una copiosa biblioteca; entró y revolvió un centenar de libros, mirando solo las portadas y los índices; pero concurrió luego por mucho tiempo con asiduidad, instruyéndose profundamente con la lectura de todas las novelas del género espantoso que han abortado en estos últimos tiempos las prensas de Inglaterra, Francia y España.

El *aficionado* á la literatura es hombre que echa una *bomba* con el mayor lucimiento en cualquier comida de fonda: es hombre que tiene un repuesto de décimas, sonetos, octavas, madrigales y ovillajes para nacimientos, desposorios, días de cumpleaños, pésames y banquetes patrióticos: es hombre que ha escrito ya más de quinientos folletines para todos los periódicos, sin conseguir que le hayan impreso ni uno: lee todos los días el cartel del teatro, y falla por la mañana de lo que no conocerá hasta por la noche: ha empezado ya más de veinte dramas, y Dios sabe si será destino suyo rejenerar el teatro español, aunque sin saber leer ni escribir.

Este *aficionado*, como todos los demás que se dicen tales respecto de otras profesiones, mientras llega el día en que ha de dar prez y honra al país, tiene el

talento de echar ó á perder todo. Una de sus manías predominantes es la de hablar de la literatura extranjera, citando con preferencia autores franceses, y confundiendo los antiguos con los modernos. En cierta conferencia acerca de la poesía lírica sostuvo que Alfonso de Lamartine fué en este sentido al mejor ornamento de la corte de Luis XIV.

El *aficionado* en cuestión es obsesivo y humilde servidor de las damas, en cuyos tocadores pasa agradablemente muchas horas, traduciendo *ad verbum* las *nitigatas* de pomadas y jabones, y haciéndotes de cuando en cuando alguna disertación sobre el *Paraguay-Roux*, el *Sinop de Digitalis* y la *Vâte pectorale de mou de veau*. Los bolsillos de su levita van siempre provistos de periódicos parisienses, bien entendido que en verano lleva los de primavera, en otoño los de verano, y así del resto, porque los recoge en la portería de cierto embajador cuando S. E. los ha destinado á usos profanos. Compone cada año cuatro ó seis nuevas relaciones y curiosos romances para surtido de los ciegos: es el abastecedor de los editores de notes y estrechos por Reyes y por S. Silvestre, su venerado patron. Redacta las papeletas que se fijan en el interior de la casa de Correos en solicitud de plazas de escribiente, ó de criado para cuanto se ofrezca: *confeciona* las notas de anuncio para los jaramones de Caldelas, Galeras de retorno, Amas de cria, Fabricantes de zapatos para niños de cordovan y de esjas para difuntos de pino de Soria; y es consultado por cuantos tienen necesidad de un rotulo sobre su puerta. El último que ha compuesto dice: *entrada al maestro sastre*.

Azcóna.

RAMILLETE.

El papa Gaugamelli decía que la poesía italiana es un fuego que chispea, la española un fuego que abrasa, la francesa un fuego que ilumina, y la inglesa un fuego que ahuma.

—En algunos puntos de Alemania se ha publicado la siguiente ley para evitar el uso de la bebida durante los divinos oficios: "Toda persona que beba en la taberna mientras se celebran los divinos oficios del domingo ó de cualquier otro día festivo, queda autorizada para marcharse sin pagar."

—Estrénabase cierta comedia en uno de nuestros teatros. El público oía con benignidad y manifestaba su complacencia con repetidos aplausos. El autor estaba en un asiento de púlpito, embozado hasta los ojos y guardando un rigoroso incógnito. Su vecino el de la izquierda, era la única bola negra en aquel mar de bolas blancas y silbaba á todo silvar, como si dijéramos á banderas desplegadas. Amostazado el autor, se volvió de repente á su enemigo y le dirigió la siguiente interpelecion: — Por qué desagrueba V. cuando todos aplauden? Qué tiene de malo la pieza? Sería V. capaz de escribir otra mejor? — A lo cual respondió el vecino: — Ay, amigo mío! yo no se hacer comedias: pero me gusta silvarlas.

—Método para destruir las hormigas que devoran las proyecciones de las *despensas*. Si se tiene cuidado de colocar en varios parajes de una habitación lavadita por las hormigas algunos cuernuchitos de papel unado inferiormente con cualquiera sustancia azucarada, acuden los voraces insectillos en tanto número que á poco tiempo están llenos de ellos los cocuruchos, y no hay mas que aplastarlos con los pies. Como esta manzana puede hacerse infinitas veces al día, y se destruyen á millares, es evidente que ha de disminuir considerablemente su número, y aun extirparse si hay constancia en la operacion.

—*Bailes de máscara*. Dos se han dado ya en el salon de Villahermosa y han estado muy poco animados, á pesar de la rebaja de precio que han sufrido los billetes. El domingo se estrenó el teatro del Príncipe con numerosa concurrencia: la baratura de la entrada, la ecótrica situación, la alegría de la sala son circunstancias tan favorables á este baile, que no dudamos en

pronosticarle buena fortuna para el carnaval de 1839. En punto á los demás que horniguean en la populosa capital nada de nuevo hay que decir. — En general notamos que esta diversion va decayendo diariamente: la abundancia ensanchará el hastío.

—El *ISIVIKANO*. En todas las estaciones tiene en el prójimo ocasiones frecuentes para darse a cerse de las pesetas; pero en ninguna se le presentan con tanta frecuencia como en el invierno. Es la temporada mas cara del año, se necesita una buena chimenea; se ha menester doble equipaje para discurrir por esas calles de Dios; las toses y demas alifafes que asedian mas de firme á la pobre humanidad desde noviembre á marzo exigen algunas visitas del doctor y tal cual menjurje del farmacéutico; se come mas, por consecuencia hay que aumentar el presupuesto de la plaza; muchos no entran en la cama si ántes no ha entrado el calentador, por tanto se tuestan poco á poco las sábanas, y no dejan de padecer alguna cosa los colehonnes; por último, es la época de pascuas, de nuevo, y carnaval; las diversiones de todo género pululan, se multiplican, y amenazan al estrujado bolsillo del padre de familia; como al tal vez llamante de célibe mayorazgo.

Quién no paga en el invierno veinte ó mas contribuciones indirectas? El *aguinaldo*, tan aterrador y devastador *aguinaldo*, á quién perdona? Enemigo audaz y multiforme, ya se presenta retozo ó inocente en la sonrisa del papá (hijo, sobrino, ahijado, ó lo que fuere); ya asoma burlon y epigramático por entre los labios de una bella ante el acudelado Matusalen que la protege; ya convertido en antojo, asesta sus tiros como colocado en un baluarte desde la boca de una peñada; ya inspira, mejor que cualquiera de las nueve hermanas, á la torpe fregonza, y al limpia botas zafio y hufazan; ya implorando los millos del rubio número, comparece en el dintel de la puerta veinte veces en ocho días, en cama y fuera de otros tantos repartidores de periódicos, con su poema al canto.

Los *bailes de máscara*, otra contribucion indirecta, de las mas evantiosas, dan quince y salta al *aguinaldo*. Se necesita un traje, primera partida; segunda un billete; tercera un coche, plátano que hace mucho rífo y está delicada la salda; cuarta, la cena de fondo! equivalente en el este, siendo mala, á dos comidas reguñeras; quinta, pero á qué decir mas? Bendito invierno, por las distracciones y los placeres de que eres portador! Maldito, por las incomodidades y dispendios que motiva! Eres... como todas las cosas de acá abajo; bueno y malo, segun las circunstancias.